



Grupo 18: Historia social del trabajo y de los trabajadores

Organización sindical y desempleo en perspectiva aldeana. Tucumán en los años de entreguerras

María Ullivarri

Instituto Superior de Estudios Sociales - UNT/CONICET
ulliva@gmail.com

Introducción

La crisis económica de 1929 convirtió a la desocupación en un fenómeno global que tuvo efectos en casi todo el mundo capitalista. Una de sus consecuencias más importantes fue el quiebre del modelo societal y estatal que empezaba a ordenarse sobre la base del empleo (Gautie, 2001), así como también el consiguiente desprestigio de los valores que sostenían la sociedad liberal y capitalista. La Argentina no fue inmune a las consecuencias de la crisis, aunque en el país el malestar económico fue acompañado con el derrocamiento de un gobierno democrático y el desprestigio de las instituciones liberales y de toda la ingeniería institucional articulada en torno a la ley Sáenz Peña de voto universal, obligatorio y masculino, profundizando los procesos de represión y de exclusión social.

En un momento en el que el trabajo no funcionaba más como integrador y las instituciones democráticas habían sido suprimidas o funcionaban a discreción, hombres y mujeres trabajadores/as debieron adaptarse a los vaivenes de un régimen que, apoyado en la exclusión, recortó los márgenes de la ciudadanía y potenció las sensaciones de explotación, de desarraigo político y de injusticia social. Los inicios de la década del treinta presentaron una conjunción de elementos vinculados con la incertidumbre frente a la identidad laboral (desocupados), a la continuidad del empleo (ocupados), a las opciones políticas y la necesidad de conseguir sustento para sostener la familia.

En ese escenario, el mundo del trabajo se vio profundamente afectado y con él también el escenario sindical que debió, entonces, adaptar sus repertorios de acción y de lucha para encontrar un nuevo, o más amplio, lugar de representación, ya que en definitiva estos eran organismos que representaban trabajadores, precisamente la categoría social de “trabajador” era la que había entrado en tensión en un escenario de desocupación extendida.



Es entonces en ese sentido, que el tema central del trabajo es presentar un análisis del mundo sindical de una pequeña provincia, teniendo en cuenta las formas que adquirieron los discursos y las estrategias obreras en un contexto difícil, donde los repertorios tradicionales de acción y de protesta encontraron dificultades para ser utilizados. Así, se intentarán analizar las articulaciones, los debates, las tensiones y las formas en las cuales los sindicatos construyeron estrategias de incorporación y lucha con los desocupados en un espacio aldeano como el de la provincia de Tucumán. En ese sentido, partimos de suponer que frente a la vulnerabilidad de la subsistencia, hombres y mujeres se enfocaron primeramente en garantizarse la vida y el sustento. En consecuencia, la estrategia de parte de la dirigencia obrera estuvo centrada en tratar de darle organicidad a ese proceso de indignación, lucha por la supervivencia y defensa del hogar obrero y encuadrarlo dentro de un proceso de lucha más amplio. En este proceso, los discursos más tradicionales de clase se ampliaron en la provincia amoldándose al conjunto de demandas sociales circulantes y el estado de ánimo colectivo.

Tiempos de crisis

Las primeras manifestaciones de la crisis capitalista mundial de 1929 comenzaron a sentirse en Argentina a partir de 1928. Sin embargo todavía en 1930 los datos disponibles acerca de la población ocupada, aunque limitados a la “gran industria de la Capital Federal”, mostraban un leve incremento, para caer en 1931 y llegar a su punto más bajo en 1932. Ese mismo año se realizó el primer censo de desocupados que, dirigido por el Departamento Nacional del Trabajo (DNT), contabilizó 333.997 parados en todo el país, de los cuales el 5,5% eran mujeres.¹

La mayoría de los y las desempleadas se encontraba en la provincia de Buenos Aires (26,60%) y Capital Federal (26,15%) y poco menos de la mitad se vinculaba a tareas agrícolas. En Tucumán, el porcentaje registrado fue el menor a nivel nacional, 0,69%. Sin embargo, como el censo se realizó en la época de zafra, la prensa se encargó de aclarar que había que esperar “dos meses más y se observará que ese censo de

¹Departamento Nacional de Trabajo, *La desocupación en Argentina. 1932*, Buenos Aires, 1933.



desocupados tucumanos es una ínfima expresión de la verdad” (*La Gaceta* 24/08/1932).²

El problema de la desocupación, aunque había existido siempre en el país y había tenido incluso picos altos como en 1913, nunca había alcanzado las magnitudes de los primeros años treinta. O por lo menos esas magnitudes no habían sido contabilizadas con anterioridad, ya que recién el Estado estaba comenzado a planificar una política de ordenamiento e intervención social, con la idea de nominar, racionalizar y clasificar el espacio social (Daniel, 2009). En ese sentido, con los datos oficiales el paro ya nada tendría que ver con la mera “percepción de los afectados” (Daniel, 2009:16) como se venía registrando en los discursos públicos hasta ese entonces. Sin embargo, estas cifras estuvieron mediadas por el convencimiento de la mayoría de los sectores políticos de que la crisis era “un mal pasajero, fruto del miedo.” La vuelta a la normalidad lograría “inspirar confianza, suscitar el aporte de los capitales escondidos, trabajar y hacer trabajar” (*La Gaceta*, 06/10/1932). Se esperaba que el mercado reordene la situación e incluso el Poder Ejecutivo llegó a desestimar la gravedad de la situación señalando que solo se trataba del 2,4% de la población total del país. (Panettieri, 2000:26) Sin embargo, si se considera la PEA, el porcentaje era tanto más elevado, llegando al 28 % en las estimaciones más pesimistas.³

El año 1932 fue el más crítico. La vuelta a la “normalidad institucional” había visto surgir varios proyectos, de los cuales el seguro de desempleo o la reducción de la jornada laboral, principalmente de la mano de parlamentarios socialistas, estaban entre los más osados. Pero lo cierto es que el gobierno hizo poco por paliar la situación de los “harapientos” porque sus ideas se acotaban en “organizar y fomentar el desarrollo del trabajo (en tanto) el Estado no debía mantener a los desocupados, sino administrarles el medio de ganarse sus sustento” (Panettieri, 1997:49). En ese sentido, la inacción estatal había llevado a la CGT a denunciar que la única política oficial era permitir que los desocupados acamparan en Puerto Nuevo (*CGT*, 25/07/1933) mientras que por su parte,

²Departamento Nacional de Trabajo, División Estadística, *La desocupación en la Argentina*, Buenos Aires, 1940; Departamento Nacional del Trabajo, Boletín Mensual, Buenos Aires, Noviembre de 1932.

³En este sentido, Carlos Korol (2001) aclara que existían cifras más bajas en otras estimaciones, y por lo tanto es posible que la realidad se ubique en un lugar intermedio entre el 28% y el 10%, que es la estimación más baja.



los anarquistas denunciaron los maltratos policiales y el incendio de los asentamientos de desocupados (*La Protesta*; 29/04/1932).

La actitud gubernamental frente a la desocupación como problema revela varias de las sendas explicativas que tomaron las interpretaciones sobre las causas del paro. En ese sentido, a partir de 1935 todas las acciones y políticas para combatir el desempleo se centralizaron en la Junta Nacional para Combatir la Desocupación (JUNALD) que actuó como vocera de los discursos circulantes. Su principal diagnóstico se centró en el desequilibrio entre los lugares de la oferta y los de la demanda, donde entraban también a jugar discursos lindantes con lo xenófobo sobre las migraciones sugiriendo que la desocupación podría corresponder con la presencia de inmigrantes desocupados que venían al país a buscar mejor suerte.

La Junta extendió su diagnóstico en el informe elevado al Ministerio del Interior en 1938 estimando también como causas de la desocupación los progresos mecánicos, las sequías y la langosta. Siempre poniendo énfasis en la desocupación rural. En cuanto a los mercados urbanos de trabajo, se explayó sobre las migraciones internas y externas, criticó la acumulación de empleos, el trabajo de los jubilados y la sobrepoblación obrera en las ciudades. Otro de los ejes era el trabajo de la mujer, pero no solo porque “sustituye al hombre por un salario más bajo”, sino que, ahondando en representaciones profundamente arraigadas sobre el rol femenino, estimaba que su presencia pública era un “pernicioso influjo en la familia, al alejarla del hogar”. (JUNALD, 1938:26) A través de la JUNALD también la Federación Agraria afirmaba que esto era más grave aún en el caso de los trabajos en el campo, ya que “generan enfermedades y perjuicios en el físico de las mujeres y una procreación raquílica y aún deforme. Que por estas razones, la promiscuidad y la falta de higiene perturba peligrosamente la moral, con derivaciones sociales temibles: las ideas políticas exóticas y la mendicidad descarada y rebelde son las primeras revelaciones” (JUNALD, 1938:28; Girbal, 2003). En esa misma línea de pensamiento, la Iglesia señalaba “la influencia perniciosa del trabajo de la mujer, que la obligaba a desentenderse de sus ocupaciones naturales en el seno del hogar” (Acha, 2000:68).

En este concierto de voces, podían escucharse esporádicamente versiones diferentes, como la del diputado socialista Nicolás Repetto, que informaban a la OIT



que la causa de la desocupación era "la economía de la mano de obra que se hace en las chacras y al empleo creciente de los medios mecánicos en la agricultura" (CGT, 14/09/1934). El socialista ponía su mirada en las prácticas de racionalización para desarmar los discursos hegemónicos que culpabilizaban a los trabajadores. Y algo similar hacía la la CGT, que atribuyó la desocupación a la "insuficiencia del consumo", debida a los bajos salarios e incorporación de maquinaria, y a "la propiedad capitalista de los medios de producción" (*Boletín CGT*, 15/1/1932 y 25/10/1932).

Sin embargo, si juzgamos por las políticas llevadas adelante, podemos sospechar que el discurso hegemónico centrado en los problemas de la oferta, acaparó la discusión en torno a las medidas necesarias para paliar el desempleo. Su consecuencia más inmediata fueron políticas acotadas a los problemas de traslado de mano de obra que respondían a las características del modelo productivo nacional, fundamentalmente agropecuario, donde si la "demanda de brazos fluctúa en forma periódica, sería suficiente [...] la traslación de hombres para facilitar la nivelación de la oferta y la demanda" (JUNALD, 1936:7). Asimismo, también se hicieron campañas para lograr que la mujer dejara de trabajar, porque "Aceptada la influencia de la ocupación femenina en el problema del paro forzoso, corresponde concretar con dura franqueza la necesidad de que la mujer retorne al hogar, para que cese esa especie de matriarcado impuesto, que uno y otro sexo admiten con biológica antipatía" (JUNALD, 1938:69).

En Tucumán, en 1925 el Anuario Estadístico de la Provincia registró un total de 24.189 ocupados, cifra que en 1931 alcanzó los 53.552. No obstante, la crisis económica y el derrumbe de las actividades produjeron un abrupto descenso de la ocupación y en 1932 se contabilizaron sólo 40.111 ocupados. Estos guarismos subieron modestamente durante el primer lustro –41.911 en 1934– y hacia 1936 se recuperaron los valores de principios de la década con 52.587 trabajadores, para descender nuevamente a principios de los años cuarenta.⁴ Por su parte, los resultados del Censo

⁴ Anuarios Estadísticos de la Provincia de Tucumán, 1925-1943. Publicación Oficial. Estos datos no son similares a los arrojados por el Censo Industrial de 1935 que registra 11.076 ocupados en promedio y cerca de 19.500 en junio y julio de 1935 coincidiendo con la época de zafra y mayor actividad industrial (Censo Industrial, 1938).



Nacional de Desocupados realizado en 1932 dieron un estimativo de 1.044 mujeres y 5.283 hombres desocupados (*La Gaceta*, 24/08/1932).⁵

El paro se sintió más fuertemente en el campo, visibilizando con mayor intensidad las falencias del un mercado laboral signado por el monocultivo y por la temporalidad y la precariedad del trabajo en la zafra azucarera, principal actividad productiva de la provincia. En cuanto al empleo urbano, la rama de la construcción fue una de las más afectadas, mientras que entre las mujeres fueron las maestras las más perjudicadas, pero también el servicio doméstico, las modistas, cocineras y las lavanderas, dando cuenta que la crisis afectó también a familias que podían solicitar los servicios de este tipo de trabajadoras. La ocupación, por otro lado, estaba concentrada principalmente en la administración pública, el comercio y los ferrocarriles, aunque también la rama de la construcción, la alimentación y de la confección eran importantes. Sin embargo, el trabajo en los ingenios y en los surcos era el eje del empleo y la industria azucarera era el motor económico de la provincia.

La estructura productiva urbana estaba férreamente integrada al mundo rural y esa articulación tan estrecha marcó también las problemáticas en ambos escenarios. De este modo, al complejo escenario económico mundial se sumó la crisis de una industria subsumida en reiteradas crisis de sobreproducción.⁶ En una rama que funcionaba como “rueda maestra” de la economía provincial, sus dificultades tuvieron un impacto social muy violento, convirtiendo al desempleo y la pobreza en los problemas más urgentes y forzando a la sociedad tucumana a pensar su modelo productivo, discutiendo estrategias para abandonar la monoproducción. En ese sentido, Nicolás Repetto esgrimía desde Buenos Aires “la necesidad urgente de abrir nuevos cauces a la producción agrícola de Tucumán -que no puede seguir concentrada y estancada en la caña de azúcar- a fin de que ella abarque algunos otros ramos de colocación segura y de remuneración compensadora” (*La Gaceta*, 09/09/1931).

⁵ Departamento Nacional De Trabajo, (1940) La desocupación en la Argentina. Buenos Aires; Departamento Nacional Del Trabajo (1932). Boletín Mensual. Buenos Aires, Noviembre.

⁶ La industria azucarera, de demanda inelástica, había estado signada por el exceso de producción y desde 1925 venía acumulando stocks sin vender. En 1930 los beneficios no llegaron a cubrir los costos de producción, mientras que año a año la sobreproducción continuó dejando un remanente que agravó las pésimas condiciones económicas en las que se desarrollaba la actividad en el país, con la retracción del mercado interno y una coyuntura externa desfavorable para las exportaciones (Kindgard et al, 2002). Entre 1931 y 1933 varios ingenios dejaron de moler



Sin embargo, durante el interregno uriburista, el eje estuvo puesto en la posibilidad de reorganizar políticamente el país. Pero en un escenario de crisis, la aspiración corporativista orientó las energías del Estado hacia el ordenamiento social y por eso, durante la intervención federal se intentaron “encauzar los conflictos sociales dentro de la legalidad”, a través de una fuerte intervención del Departamento Provincial de Trabajo en paralelo con la clausura de locales, la detención de militantes y las restricciones a la libertad de movimiento. (*La Vanguardia*, 18/07/1931). La policía era un eje fundamental en el esquema de “orden” del gobierno y su tarea principal era la de reprimir la protesta, forzar las negociaciones y evitar el conflicto o la paralización de la actividad.

Los comunistas expresaron su repudio a estas prácticas denunciando la “ola de persecuciones”, los intentos de morigerar la crisis “a costa del hambre de las masas obreras y campesinas” y la “política activísima de fascistización del movimiento sindical, uno de cuyos objetivos fundamentales es llegar a la liquidación de las huelgas y a la implementación del arbitraje (sic) obligatorio.”⁷

Sin embargo, bien lo advirtió el jefe policial, quien tiempo antes de prohibir todas las manifestaciones públicas declaró “Que vería con agrado que se pusiera la mejor buena voluntad para dar solución antes que se provocara un conflicto que la policía y el gobierno estarían en el deber de combatirlo en defensa de los bien entendidos intereses del país” (*La Gaceta*, 30/12/1930). Asimismo, desde el Departamento Nacional de Trabajo se explicaba “que el malestar económico nacional existe en el país como en el mundo entero y que al igual que los trabajadores de todo el mundo deben amoldarse a dicha realidad [...] El respeto del orden y la autoridad será impuesto de una manera categórica y absoluta.”⁸

Posteriormente, en 1932 la abstención radical facilitó la llegada al gobierno una rama del reformismo conservador aglutinada en el partido Defensa Provincial Bandera Blanca. El gobernador Juan Luis Nougués (1932-1934) se presentó con un programa social, el aval de los electores socialistas e innumerables promesas de mejoras para los trabajadores. La posibilidad de la normalización institucional rehabilitó los debates en

⁷“La situación de la clase obrera... (título completo ilegible)”, Documento del Partido Comunista, Junio de 1931, Legajo del PC, N° 3362, AGN, p. 1.

⁸Boletín Del Trabajo, Año 7, Buenos Aires, Octubre de 1930



torno al ordenamiento económico y productivo de la provincia. En ese sentido, la diversificación y la coordinación fueron los ojos de todas las propuestas. Los socialistas presentaron un proyecto de coordinación entre todos los niveles de gobierno tendientes a manejar datos sobre las vacantes y los desempleados. Por otro lado, pidieron el uso de tierras fiscales para instalar desocupados y evitar que caigan en la vagancia, ya que sostenían que “si hay un factor de desorganización, aparte del de la miseria, es acostumbrar a la gente a no trabajar” (*La Gaceta*, 22/01/1934). Esta política venía a tono con las ideas instaladas que luego serían reproducidas por el JUNALD (1936:7), donde se expresaba que se hacía un bien consiguiendo “infundir en los desocupados la saludable convicción de que no son parásitos reducidos a vivir de la limosna oficial” y donde “La contraprestación se convierte en una necesidad para quienes vinculan el desempleo con el malestar social” (Girbal, 2003:31).

Sin embargo, la alianza con los socialistas duró muy poco y las esperanzas de cambios se esfumaron con celeridad. Ahogado por el déficit y envuelto en profundos conflictos políticos internos y externos, el gobierno de Nougués impuso a la crisis económica y social una vertiente política que comenzó a orbitar fuertemente sobre la cotidianeidad de la provincia. En ese escenario la cohesión social emergió como el punto más vulnerable y se arguyó que “estaba en peligro la paz social”. Los enfrentamientos y movilizaciones se hicieron cotidianos y el gobierno nouguesista orientó su política hacia la represión de cualquier tipo de protesta, generando cierta continuidad en el ánimo de los trabajadores respecto a los años uriburistas, que se sostuvo hasta que la provincia fue intervenida en 1934.

De esta forma, durante casi todo el primer lustro de los años treinta los actos de disconformidad de trabajadores organizados solían terminar en la cárcel. Los militantes anarquistas de la FOLT protestaban afirmando que "los cuadros y calabozos están atestados de trabajadores, detenidos injustamente hasta en los propios lugares de trabajo" (*Tierra Libre*, 10/1930). Sin embargo, la ofensiva no era solo estatal. Ante este panorama de control sobre las posibilidades de la protesta, las dificultades generales de la economía sirvieron de excusa válida a la patronal para justificar los abusos en un deliberado intento de reducir pérdidas avanzando sobre los beneficios laborales obtenidos. Entre estas prácticas se encontraba la disminución de salarios que llegaron en



1934, en términos nacionales, a ser un 77% más bajos que los de 1929 (Del Campo, 2005). Otra arista de la disputa fue el atraso en el pago de los jornales. Frente a la inestabilidad económica la cadena de pagos se retrasó y para aquellos que trabajaban a destajo como los albañiles, la situación fue aún más grave porque la actividad prácticamente se paralizó. Muchos patrones acusados de falta de pago solían responder que estaban esperando que los ingenios les pagasen para poder abonar a sus trabajadores. Otros alegaban que no tenían liquidez porque no podían competir "pagando la mano de obra que ahora pagamos, encarecida por los malos gobiernos, que han contemplado solamente esa parte del pueblo, olvidando los intereses del capital y del pequeño industrial" (*La Gaceta*, 17/01/1931). Asimismo, tanto la contratación de menores como los despidos fueron materia frecuente.⁹ El Estado provincial, por ejemplo, redujo su nómina de empleados e intentó garantizarse fondos mediante masivas reducciones de salarios que alcanzaron al 33%. La cesantía, asimismo, fue una práctica extendida con la única excepción de los ferroviarios, quienes a través de sus sindicatos lograron acuerdos con las empresas por descuentos, prorratesos y retenciones con el fin de evitar la exoneración.

Otra de las aristas más notorias de conflicto fue el desconocimiento patronal a consensos establecidos antes del golpe, muchos de los cuales fueron considerados "caducos" por haber sido firmados durante la gestión del gobierno depuesto. Como ejemplo del desconocimiento patronal de los acuerdos y beneficios de los trabajadores podemos mencionar negociaciones por el cumplimiento de pliegos firmados diez años atrás, como el de sastres o el de ladrilleros que demandaban el cumplimiento del pliego de 1928 (*La Gaceta*, 12/03/1931).

Pero no se avanzó solamente sobre lo acordado, sobre los derechos laborales y los salarios, sino que en el interior de los lugares de trabajo los ajustes también se hicieron sobre beneficios adquiridos. Esto fue frecuente entre los panaderos quienes solían llevar pan a sus casas y a los que paulatinamente se les fue negando ese privilegio. Algo parecido ocurrió en los mataderos donde los matarifes comenzaron a

⁹ La ley 11.327 que regulaba el trabajo de mujeres y menores y que fue sancionada en 1924, recién se reglamentó en 1931. Sin embargo, las estimaciones de investigaciones publicadas en la prensa, estimaban que más del 80% de la pequeña industria de Tucumán estaba servida por menores. Así, el DPT pudo comprobar que con el salario de un adulto, los patrones empleaban a cuatro menores. (*La Gaceta*, 17/04/1931)



denunciar como “robo” la “costumbre antigua, de que cada uno lleve una ración de carne” (*La Gaceta*, 26/02/1931).

“La reacción patronal en todas partes se enseñorea”, decía la FORA desde su órgano de prensa, “y empieza a echar sus garras a la garganta del proletariado” (*Tierra Libre*, 10/1930). De esta forma llamaba a no dejarse arrebatar las conquistas, porque los patrones “Valiéndose de la situación de emergencia planteada por el gobierno provisional [...] disminuyen los salarios y empeoran las condiciones de trabajo [...] los atropellos del capitalismo [...] llegan hoy a un grado que no es posible seguir tolerando en silencio.” Señalando que era una “provocación descarada” de los patrones y era “un deber ineludible de defender nuestras posiciones conquistadas y nuestros organismos de lucha” (*Tierra Libre*, 10/1930). Mientras que los albañiles comunistas, por su parte, indicaron que los patrones podían no respetar los acuerdos porque habían estado “amparados por el estado de sitio y la ley marcial” (*La Gaceta*, 03/05/1932).

En un escenario hostil a la protesta, las “contingencias económicas” y el problema de la superproducción azucarera se habían enclavado en la provincia como ejes articuladores de un discurso que justificaba los despidos, las prácticas empresarias de explotación y los incumplimientos. Pero un paisaje hostil como el descrito para los primeros años de la década, oculta muy bien las formas de lucha que se entablaron en su interior. En ese sentido, en la provincia de Tucumán, sobre este espacio de represión, desocupación y miseria, los sindicatos bosquejaron una estrategia que los grupos anarquistas denominaron “repliegue a la defensiva” (*Tierra Libre* 01/1935). Esta propuesta de acción no fue orgánica, ni metódica. Tampoco significó el abandono de la lucha sino una intensa búsqueda para adaptar el conflicto al contexto planteado, acomodar sus repertorios de acción y encontrar un nuevo, o quizás más amplio, lugar de representación.

La desocupación, las resistencias, las solidaridades y la organización

En ese contexto y a pesar del desmembramiento que acarrió la falta de trabajo, de las restricciones para la acción y de la obligación de encauzar las demandas por el DPT, apenas un mes después de la intervención algunos trabajadores del Ingenio Manantial concurren al periódico *La Gaceta* para demandar el pago de haberes



adeudados. Ante el cronista señalando que habían concurrido a "golpear las puertas del Departamento de Trabajo en busca de que intervenga [...] sin haberlo logrado." (*La Gaceta*, 18/10/1930) Cumplieron "su parte del trato", pero en el Departamento nadie había entendido la inmediatez de su pedido. "Las familias obreras, señor, estamos con hambre en el Ingenio Manantial. Es menester que se nos pague lo que nosotros hemos trabajado" -dijeron.

Como si esa primera afrenta al orden institucionalizador que pretendía el ordenamiento uriburista hubiese quebrado los límites de la obediencia; comenzaron entonces a registrarse cruzamientos de brazos, boicots, huelgas y protestas, donde se destacaban los pedidos de aumento de salarios, respeto de leyes y se multiplicaron los reclamos por el despido de compañeros de trabajo. Entre abril y diciembre de 1931, y a pesar de que en mayo el jefe de policía prohibió las manifestaciones en la vía pública, hubo cinco huelgas e innumerables conflictos.

En épocas difíciles las resistencias pueden no ser masivas, ni tener plataformas depuradas ni desafiar abiertamente al orden establecido, pero pueden poner en palabras un desequilibrio respecto a las percepciones de lo que es considerado justo por los trabajadores, calar hondo en la subjetividad y colectivizar la indignación, extendiendo la lucha hacia todos los intersticios del sistema. De esta forma, en un mercado laboral reducido para algunas ramas y caracterizado por la falta de empleo, donde la facilidad con que se tildaba de revoltoso o "anarquista" a un trabajador o trabajadora, lindaba con su expulsión del mundo del trabajo, en la mayoría de los conflictos sus protagonistas tuvieron algún cuidado en no desafiar abiertamente al poder. Un metalúrgico afirmaba que "uno como obrero no puede exteriorizar sus quejas porque entonces lo dejan sin trabajo, y es más lo inhabilitan para ir a trabajar a otro taller" (*El Orden*, 29/04/1931). Por tal motivo, los metalúrgicos de la Fundición Coulin, una de las más importantes de la provincia, que declararon una huelga en abril de 1931, lo hicieron buscando una justificación que disfrazara su "irreverencia". Esta exponía que: "si no nos pagan no tenemos otros medios que hacer una huelga forzosa ya que el Departamento de Trabajo no puede o no quiere tomar la cosa como es debido obligando al patrón que pague lo que es justo, ya que el sueldo del obrero es lo más sagrado" (*El Orden*, 29/04/1931).



Las organizaciones patronales, por su parte, no se quedaron a la zaga de estos discursos de “malestar” y denunciaron “continuos actos de sabotaje y un sinnúmero de atropellos contra la libertad de trabajo y contra la propiedad.” A principios de 1931 y frente al aumento de estos “desmanes”, comenzaron a reclamar la acción estatal. Los matarifes decían estar “cansados de sufrir la tiranía de los obreros”, ya que no eran “dueños de hacer observación alguna ni de despedir a un obrero que no dé cumplimiento ni tratar de que no se robe la carne” porque eran “amenazados de muerte.” Por otro lado, expresaron que deseaban contratar al “personal que más les convenga y no el que designe la Sociedad” al tiempo que solicitaban protección policial porque decían ser “víctimas y desean librarse de los trabajadores agremiados” (*La Gaceta*, 06/03/1931). Lo mismo hicieron los constructores luego de que un grupo de albañiles atacara con bombas de alquitrán las casas de algunos miembros del gremio patronal.

Las acciones contra la sindicalización fueron frecuentes y uno de los casos más problemáticos fue el de la rama de la construcción donde los albañiles venían denunciando tiempo atrás que los patronos “En su criminoso afán de llenar sus arcas [...] no tienen en cuenta el horroroso drama de indescriptibles cuadros de miserias que en los hogares de sus productores se desarrollan [...] no contentos con ultrajar lo más sagrado [...] al no cumplir el pliego de condiciones por ellos firmado (querían además) romper nuestra organización” (*La Gaceta*, 19/06/1930). Así también lo expresaron los obreros de los mataderos quienes explicaban a un cronista que estaban “perfectamente unidos, [...] esta manera de ser choca a los matarifes, los que quieren matarnos, desarmando nuestra institución que tantos beneficios nos reporta” (*La Gaceta*, 24/02/1931). Los trabajadores denunciaban, por otra parte, que las patronales, “se reúnen sin previo permiso al que deben estar sometidos como ellos, para organizar las represalias contra la agremiación y que ya se han dejado sentir.” (*El Orden*, 10/04/1931)

Estos testimonios dibujan un panorama de profunda tensión en un escenario de crisis económica y política. La lucha de clases apareció tan descarnada como intensa, pautando una puja por beneficios y acuerdos que mantuvo ocupados a los dirigentes obreros. Pero para sus organizaciones no era fácil actuar y al mismo tiempo que lidiaban con la desesperanza, veían disminuir la afluencia y la participación de los



trabajadores.¹⁰ En ese conjunto de dificultades la desocupación venía a sumar uno más, el de la representación. Y esto implicaba no solo un esfuerzo por pensar el lugar de clase de la categoría de trabajador, sino también, y profundamente interrelacionado, encontrar una estrategia posible para unir solidaridades en la disputa contra el capital.

En ese escenario, tanto los discursos como las actas de asambleas que la prensa publicaba, dejan entrever que la necesidad de sumar allegados era un tema impostergable para las organizaciones obreras. Pero en el contexto descrito, organizarse, plantear demandas y sostener la resistencia no fue una tarea sencilla. El mundo sindical de la provincia constituía para muchos un espacio ajeno a sus rutinas y sus prácticas cotidianas mientras que otros tantos habían quedado fuera del mundo laboral. En ese sentido, en situaciones de marginación, miseria y desempleo, las estructuras en las cuales los individuos se referencian suelen sacudirse y generar cierta incertidumbre respecto al reconocimiento del propio rol social como proveedor, productor o trabajador. En tal sentido, pensar y entablar luchas obreras en esas condiciones implicó dar forma a un público a quien apelar en una heterogeneidad primordial compuesta por trabajadores “conscientes” o “dignos y responsables” –como los llamó un delegado de la CGT (*La Gaceta*, 27/02/1932) – pero también por aquellos desinteresados, no agremiados o desocupados.

Frente a ello, apareció un manifiesto conjunto de obreros albañiles y choferes donde podía leerse que “La lucha de los obreros desocupados es parte de la lucha contra el capitalismo y debe ser conducida por la propia masa trabajadora que la soporta. El obrero ocupado hoy en los lugares de trabajo es el candidato a desocupado mañana” (*La Gaceta*, 05/04/1931). De esta forma, grupos de trabajadores organizados comenzaron a afirmar con contundencia que tanto ocupados como desocupados compartían objetivos similares, definiendo la categoría de trabajador en términos de clase y no asociándola al empleo. Pero además de dejar sentados intereses comunes, fortalecerse y construir un lugar de representación implicó seducir, interpelar, convencer y encontrar un sentido común a la lucha porque durante los primeros años de la década, la miseria en la

¹⁰ El movimiento obrero provincial predominaban en los primeros años de la década de 1930, corrientes anarquistas centradas en la Federación Obrera Local (FOLT) adherida a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA); comunistas que tenían una incipiente pero creciente inserción y socialistas, mientras que una porción de sindicatos se mantenían autónomos.



provincia reorientó las energías hacia la búsqueda de la supervivencia en detrimento de espacios de sociabilidad obrera más combativos.

Para un conjunto amplio de trabajadores, los duros meses de la intervención de facto y los años del gobierno de Nogués fueron, sin duda, conflictivos. Allí fueron acomodando sus estrategias de supervivencia y de lucha. Particularmente en ese escenario la perspectiva de la represión y de la desocupación se volvió experiencia vivida sobre la base de percepciones emergentes de la crisis: la incertidumbre y la inestabilidad. En el plano cotidiano, la pobreza y la miseria se instalaron quebrando las prácticas y los usos populares del tiempo libre, el ocio y el trabajo. “De esta forma no podemos vivir” señaló un metalúrgico “el almacenero no nos quiere fiar, el carnicero y el panadero igual” (*El Orden*, 29/04/1931). En ese universo, las formas de estar, vivir y sentir resultaron desarticuladas frente a la inmediatez de la supervivencia.

La proliferación de asentamientos empezó a modificar el paisaje visibilizando sectores sociales de cuya existencia nadie parecía haber tomado nota antes. La presencia de “los parias y marginados” sin trabajo era indisimulable. El hambre comenzó a volverse una lectura cotidiana que promovió nuevas formas de defensa colectiva. El saqueo funcionó como una forma espasmódica de resistencia. Las crónicas tucumanas relataban los robos a los ferrocarriles, mercados y farmacias, describiendo como la “horda” penetró en esos establecimientos “para destruir hasta a los puestos”, y que algunos robaban mercadería mientras otros “sembraban el suelo y la calle de frutas, pesas, balanzas, etc.” (*La Gaceta*, 04/02/1932).

Las imágenes plasmadas en la prensa dibujaban un panorama desolador. Hombres caminando y mendigando, gente movilizada por los pasillos oficiales, los cesantes protestando, la multiplicación de villas miseria, saqueos y gente comiendo de la basura. Algunos desocupados habían “acampado” en la ciudad y se denunció que el gobierno “ha empezado a incendiar las chozas y correrlos de los lugares donde se encuentran acampando los obreros” (*Mundo Obrero*, 19/09/1932).

Por su parte, la crónica obrera expresaba que la zafra “corta” de 1932 había “dejando a infinidad de obreros y campesinos en la calle, un 70% de la población trabajadora se encuentra sin pan, más o menos cinco mil obreros golondrinas que acampan en miserables chozas hechas de hoja, peregrinan por la ciudad pidiendo un



mendrugo de pan” (*Mundo Obrero*, 19/09/1932). La desocupación había alcanzado ese año su punto más alto y en reportajes y en editoriales de la época se demandaba que había que "conseguir que el pueblo pueda sustraerse de la angustia del hambre que está castigando los hogares pobres y pone en el alma rebeldías" (*La Gaceta*, 10/01/1931). Los periódicos obreros denunciaban que la policía había empezado a “llevarlos presos a indicación de la burguesía que teme que éstos, acosados por el hambre, cometan robos o asaltos” (*Mundo Obrero*, 19/09/1932).

Esta situación, entonces, constituyó un intersticio vital para filtrar el descontento a partir de todo un conjunto de demandas vinculadas a la vida privada y el cotidiano de los trabajadores que no se podían plasmar en los ámbitos de negociación institucionalizados ni aparecieron como demandas sindicales formales. De esta forma, envuelta en aire de tragedia, la visibilización de la miseria del hogar como consecuencia directa del desempleo o de incumplimientos laborales comenzó a forjarse como parte central de la lucha obrera en la provincia y comenzaron a ponerse en locución en notas en los diarios, entrevistas en la prensa, cartas al director, artículos en la prensa obrera, etc.

En esa dirección el Sindicato Autónomo de Obreros Albañiles y Anexos y el Sindicato Unión Chauffeurs organizaron un mitin el 5 de abril de 1931 con consignas de lucha, pero con discursos que visibilizaban el malestar cotidiano.¹¹ Desde el manifiesto de invitación se señalaba que “la lucha contra la desocupación no debía limitarse a los desocupados” y debía “ser la lucha común de todos los trabajadores unidos [porque] la lucha de los obreros desocupados es parte de la lucha contra el capitalismo” (*La Gaceta*, 05/04/1931). A ocupados como a desempleados afectaba por igual y “la clase trabajadora que en otrora sostuvo luchas decisivas con el capitalismo, no puede permanecer impasible aceptando [que] la única libertad que existe en este país [es la] de morir de hambre.” (*La Gaceta*, 05/04/1931)

¹¹Las consignas demandaban aumento de salarios a los obreros ocupados, jornada de siete horas diarias, pago de un subsidio diario de \$2 a los obreros desocupados, pasaje gratis para los obreros que necesiten trasladarse a otros lugar en busca de trabajo; reclamaban libertad de prensa obreras y huelgas, libertad de los presos por cuestiones sociales y repatriación de los deportados y exigían el levantamiento del estado de sitio y ley marcial. Muchas de estas consignas, especialmente la jornada de 40 horas, eran enarboladas por gran parte del movimiento obrero internacional y nacional y quedaron plasmadas un tiempo después, el 26 de abril de 1931, en el Programa Mínimo de la CGT. Cfr. *Boletín CGT*, N° 1, 15/01/1932; N° 10, 25/10/1932, CGT N° 19; 25/7/1933, N° 33, 30/11/1934; N° 146, 29/01/1936, N° 47, 08/03/1935; y N° 49, 22/03/1935. (Cfr. Iñigo Carrera y Fernández, 2006)



Hambre, desocupación y miseria consolidaron un clima para la reunión. En esa dirección, dentro de los invitados, también aparecieron las “mujeres proletarias” que visibilizaban el lado más oscuro de la desocupación y de la miseria. Mirta Lobato (2007: 296) destacó que cuando los trabajadores se reunían, la presencia femenina era casi inexistente, “ella solo cobraba fuerza cuando se plantea como necesidad narrativa mostrar la brutalidad del sistema capitalista.” Apelando a la experiencia fuera del ámbito de la producción, las mujeres fueron presentadas como “madres proletarias” y nada se dijo sobre su condición de trabajadoras o como “el grupo con más alto índice de desocupación.”¹² El texto del manifiesto hacía un llamado a todas ellas, convocándolas a estar “a la par del obrero [...] para demostrar a los ricos que mientras ellos viven en hogares entre el lujo y la abundancia, hay un pueblo que sufre hambre, que hay madres proletarias semidesnudas, que hay niños débiles, que agonizan y mueren en los brazos de las madres proletarias en la miseria, sin atención médica y sin los remedios indispensables para su curación.” (*La Gaceta*, 05/04/1931)

El día del mitin, que fue bastante concurrido, los discursos abordaron varios temas, pero la evocación a la miseria del hogar fue el más recurrente. El primero en hacer referencia a ello fue un albañil identificado como Pedro Gómez, quien explicó desde las tarimas que realizaban “un acto de protesta pidiendo el pan para nuestros hijos que a diario lloran por él. A nosotros, los padres, se nos despedaza el corazón al sentir esos ayes lastimosos en nuestros hogares humildes.” (*El Orden*, 06/04/1931) El hambre del hogar obrero a consecuencia de incumplimientos laborales, desocupación o avance patronal no admitía justificaciones macroeconómicas, debido a que “se hace cada vez más insoportable [...] y en todos lados se presenta ya no como fantasma [...] sino como una realidad” (*La Gaceta*, 05/04/1931).

Las palabras de este orador pusieron en escena tramas cotidianas, relaciones familiares y el sufrimiento de los próximos y apeló a la sensibilidad colectiva que sabía receptiva, ya que el desempleo era un tema socialmente muy presente y material de crónica diaria en la prensa provincial. Pero la prédica no terminó allí, el albañil continuó explicando que “a raíz del hambre que nos azota, hemos decidido ocupar con el mayor empeño el puesto de lucha contra el capitalismo, siendo necesario sellar la unidad de

¹²Departamento Nacional Del Trabajo, Investigaciones Sociales, Buenos Aires, 1940.



todo el proletariado, como el verdadero camino que nos conducirá a un triunfo” (*El Orden*, 06/04/1931).

De esta forma, destacaba la desventura pero la leía en clave de explotación apelando a la necesidad de unidad y conciencia. La conciencia era, en definitiva, la expresión cultural, institucional y ética de la experiencia y solo a partir de ella se conseguiría dar impulso a la acción política, a la vinculación o construcción de organizaciones y a la solidaridad. Pero si bien “la experiencia aparece como determinada, la conciencia de clase no” (Thompson, 1989:XIV), la conciencia se construye o se despierta. Y allí iban dirigidos los discursos. “Para conquistar el pan hay que unirse no olvidando que es nuestro deber concurrir a todos los actos de nuestras organizaciones cuidarlas y amarlas porque es el arma con que contamos nosotros para emanciparnos del yugo capitalista y terminar la vergonzosa explotación a que estamos sometidos” (*El Orden*, 06/04/1931), dijo el orador y retomó allí líneas de la retórica tradicional del mundo obrero. Es “injusta la dominación de una clase sobre otra, desde que constituye una ínfima minoría que se aprovecha del esfuerzo y la producción de la extensa mayoría de los obreros que no poseen nada y viven sumidos en la miseria” (*El Orden*, 06/04/1931). El representante de los *Chauffeurs* lo graficó con estas palabras: “nadie es nuestra defensa, sino somos nosotros mismos, debemos comprender que la única arma son las agrupaciones obreras, y debemos fortalecernos para defender la vida de nuestros derechos” (*El Orden*, 06/04/1931).

Pero, la vinculación entre una problemática de clase, la identidad de clase y su institucionalización en una organización no fue un proceso mecánico, sino objeto de constante elaboración y redefinición. En este sentido, como señala Sewell (1992:125), el desarrollo de la conciencia colectiva es menos una cuestión de reconocer hechos palpables que de construir redes interpretativas que den a ciertos actos una relevancia especial. Angustia, desamparo y necesidad eran palabras que revelaban la experiencia colectiva y la desocupación, así como también el deterioro de sus condiciones de vida, comenzaron a abonar discursivamente la idea de lucha por un futuro mejor sobre la unidad y la solidaridad. Así, el eje puesto en la verbalización de las carencias privadas potenció las posibilidades de articular colectivamente la experiencia.



La utilización de imágenes o discursos de otra índole estaban siempre mediatizados por experiencias diferenciadoras desde lo cultural, lo laboral, lo social, lo político y lo ideológico. Esto planteaba una dificultad que varios oradores abordaron. Los relatos periodísticos destacan el testimonio de un albañil de apellido Trejo quien “se ocupó con especialidad del deber que concierne a los obreros, los cuales deben desprenderse de las ideologías que los han mantenido distanciados entre sí, en procura de la unión que es el precepto básico de la fuerza.” (*El Orden*, 06/04/1931) Mientras que la Unión *Chauffeurs* citó "a todos los gremios sin distinción, a responder con su cooperación en este movimiento que se hace en procura de mejor pan, más equidad y mayor justicia." (*El Orden*, 06/04/1931). Los anarquistas, por su parte, llamaban a “deponer rencillas y enemistades” (*La Protesta*, 12/04/1932).

La búsqueda de un camino de homogeneidad y los llamados a no incurrir en conflictos ideológicos se relacionaban con lo que se estaba poniendo en juego: la reconstrucción de un escenario sindical que, aunque modesto, había sido duramente golpeado por la crisis, la desocupación y la represión. La consolidación de un entramado de organizaciones que permita sostener la embestida y disputar derechos. En este sentido, la unidad de clase se presentó como posibilidad de contención frente a la incertidumbre de la vida y como garantía para el cumplimiento y la ampliación de los derechos. La demanda por asegurar la propia subsistencia tuvo un contenido moral, pero también, e insoslayablemente, un sentido político. En definitiva, como lo expresa Nancy Fraser (1994), los intentos de ubicar cuestiones concernientes a la domesticidad, como aquellos “ayes lastimosos” o el “corazón despedazado”, fuera del debate público – personalizándolos o familiarizándolos– resulta una estrategia de los grupos dominantes. Las luchas por ubicar estos problemas en el espacio público haciendo partícipes a un conjunto mayor de personas sirven para revertir la subordinación asociada a esa situación que algunos sectores pretenden invisibilizar. Cómo hacerlo sino a través de las organizaciones, porque como afirma Pierre Bourdieu (2007), la esfera política pública funciona con una especie de filtro perceptivo que garantiza que sólo los problemas que ya han alcanzado el nivel organizativo de un movimiento político se tomen en serio en términos morales.



Atravesar la crisis conllevaba la búsqueda de alimentos en las ferias francas, los problemas de abastecimiento, la mendicidad, el acaparamiento, el encarecimiento de la vida y la vuelta atrás de las conquistas obtenidas con sacrificios. Este cotidiano plagado de dificultades fue interpretado como un factor de unificación a través de los sentimientos comunes y vivencias compartidas que se consolidaron discursivamente, acompañando la disconformidad con el yugo capitalista y las restricciones a la libertad.

Pero el acto fue solo una fotografía de un proceso de lucha mayor. Su consecuencia inmediata fue la conformación de un Comité de Desocupados para reclamar trabajo que funcionaba en el local de Chauffeurs, cuya idea central era salir a la calle y trasladar el problema al ámbito público, generando un movimiento de opinión en toda la ciudad a través de asambleas en todos los barrios. Pensado entonces en términos de derechos vulnerados, el problema de los desocupados no generó incomodidades entre los sindicatos, sino que se constituyó como uno de los factores que posibilitó a los dirigentes obreros repensar una estrategia de lucha. Este proceso permitió a los sujetos construir sentidos comunes cómodamente reconocibles por todos –independientemente de su situación respecto al empleo– en la medida en que la identidad de clase fue definida sobre relaciones de dominación extendidas sobre todo el entramado social.

La convocatoria a la unidad de todos los parados del país había llegado a través de una carta de una organización similar formada en la Capital Federal. La prensa no informa el origen, pero es presumible que haya provenido de sectores comunistas. El PC hacía frecuentes llamados a organizar a los desocupados y unirlos con los ocupados con un discurso similar al empleado en el mitin, ya que veía en ellos “a una “gran reserva revolucionaria.”¹³ Por otro lado, existen registros que dan cuenta de “el uso de la miseria” como táctica de la Internacional Comunista que se reflejó principalmente en los manifiestos de los desocupados del Hotel de Inmigrantes¹⁴ Posteriormente el Bureau Político sudamericano exigió que “Cada célula, cada grupo sindical, cada organismo de base debe editar literatura y especialmente periódicos, en todos los cuales debe ligarse a

¹³“Organizar sistemáticamente la lucha contra la desocupación” en, “La situación de la clase obrera ... (título completo ilegible)”, Documento del Partido Comunista, Junio de 1931, Legajo del PC, N° 3362, AGN, p.6

¹⁴“Obreros Desocupados”, Comité de desocupados del Hotel de Inmigrantes, 15/02/1931, Legajo del PC N°3364, AGN.



las cuestiones planteadas las reivindicaciones de los desocupados y la denuncia de los muertos de hambre o de frío o los suicidados de desesperación.”¹⁵

Paralelamente, comenzaron a aparecer también centros autónomos, como el Centro de Obreros de Tafi Viejo, Centro de ex Empleados de la Comuna, Cesantes de Protección a la Infancia, Comisión de Obreros y Empleados Municipales Cesantes Impagos, Centro de Empleados Públicos Cesantes, Centro de Ferroviarios Cesantes, etc. Estas instituciones, situadas generalmente en barrios o zonas obreras, elaboraban un registro, ayudaban a conseguir un trabajo, brindaban asistencia en caso de muerte o enfermedad o proveían de mercaderías a más bajo precio.

La desocupación había movilizado a toda la sociedad. Sin embargo, el impulso organizativo encuadrado atrás de ella fue perdiendo visibilidad hacia fines principios de 1933. Es en ese sentido que los líderes sindicales seleccionan entre la multitud de litigios cotidianos aquellos que pueden llevarse al rango de reivindicación colectiva (Boltanski, 2000), y la desocupación como “interés común” se desdibujó para dar forma a nuevas disputas. Sin embargo, reapareció a principios de los años cuarenta de la mano de un Comité popular contra la desocupación.

Esta organización había sido impulsada por el Sindicato de la Construcción adherido a la Federación Obrera Nacional de la Construcción que, dirigida por comunistas, reclamaba “abrigo, pan y techo”. No obstante, a diferencia de los primeros años treinta, sus discursos estaban lejos de las ideas de hambre y desesperación. Al compás de los cambios en el movimiento obrero, el reclamo se volvió político al tiempo que el comité apoyaba diferentes causas y organizaciones obreras y políticas, en mítines públicos por toda la ciudad. Con un movimiento obrero mucho más consolidado y fortalecido, la ubicación de los problemas sociales en la esfera pública se logró, a principios de los cuarenta, a través de la articulación y yuxtaposición con las instituciones que se conformaban para defender consignas económicas, políticas y sociales como el Comité contra la carestía de la vida, el Comité para defender la autonomía de la provincia, el Comité de unidad nacional, etc.

En esa época, la proliferación de comités populares, que estaban conformados por varias organizaciones sindicales y políticas, generó un estado de movilización

¹⁵ "Parte dispositiva de una circular del Bureau Político Sudamericano", Sección Especial de Policía, Año 1933, Caja 45, Doc. N° 135, Fondo Agustín P. Justo, AGN.



constante a la par que reclamaba su deseo de participación política. (Ullivarri, en prensa) En definitiva, la conflictividad y visibilidad de trabajadores no decaería en este nuevo contexto de crisis, sino que por el contrario, se generaron acciones que los fortalecieron como actores políticos. La desocupación fue, a la sazón, un disparador de la movilización política de los trabajadores, que dieron los primeros pasos en la construcción desde abajo de la ciudadanía social. El derecho al trabajo, como así también los problemas de subsistencia y los políticos se conjugaron y articularon a través de redes solidarias y políticas, institucionalizadas en comités, dando forma a un mundo social y político dinámico que otorgó a los trabajadores un lugar privilegiado en los acontecimientos.

Como a principios de los años treinta, la búsqueda de un “*ethos* colectivo” devela cómo la trama del conflicto de clase se abre hacia un repertorio más complejo de intereses donde la el movimiento obrero, o sus dirigentes, recogen las sensibilidades colectivas y las proyectan hacia sus formas de lucha. En ese proceso se alimentan del lenguaje y los sentidos puestos en discusión, y con él leen la clave política nacional y su contexto político más inmediato

Reflexiones finales

En los primeros años de la década de 1930 la tensa articulación entre un Estado y los trabajadores se quebrantaba al compás del deterioro de las condiciones materiales y la violencia contra ellos ejercida. Asimismo, el empleo como organizador de la sociedad encontró sus límites ante la masividad del paro, que puso en evidencia las falencias de un sistema productivo vulnerable. Falencias que no fueron interpretadas como problemas de oferta. La iliquidez y los malos diagnósticos conjugan en un paquete que remitió a disposiciones ortodoxas generando políticas que nunca pasaron de diagnósticos y proyectos. Así, las medidas adoptadas no dejaron de ser tradicionales y poco efectivas para atacar las causas profundas del desempleo. La represión, por otro lado, se instaló como el componente más dinámico en la relación entre el Estado y los trabajadores, profundizando la sensación de exclusión e injusticia. Esta particular situación, sumada al desconocimiento patronal de lo pactado y la pérdida de beneficios, abonaban un escenario crítico que afectó profundamente el mundo del trabajo y los hogares obreros, e introdujo en la dinámica del cotidiano la necesidad de construir



nuevas estrategias para lidiar con la “incertidumbre de la supervivencia” (Savage, 2004).

Nada de esto fue ajeno al mundo sindical. El aumento de los desocupados obligó a la dirigencia obrera a encontrar nuevas formas de acercamiento y reclutamiento. Esta estrategia se construyó sobre una disputa de relaciones de fuerza, pero fundamentalmente de sentidos y abarcó todos los aspectos y ámbitos de la vida proletaria. Pensado entonces en términos de derechos vulnerados, pero también como estrategia discursiva, el problema de la miseria y la desocupación se constituyó como uno de los factores que les permitieron a los dirigentes obreros repensar nuevas formas de demanda y lucha en el escenario provincial de principios de los treinta. Estos trabajadores constituyeron un conjunto de representaciones por medio de las cuales se identificaban, se reproducían y se expresaban las necesidades del grupo a través de un discurso que buscaba construir solidaridades. En definitiva, la estrategia de la dirigencia permitió relacionar lo cotidiano con lo político, ubicando la vida privada en el mundo público y disputando el espacio –material, simbólico y discursivo- para que ese malestar sea considerado legítimo. La visibilización del problema a través de los actos de protesta organizados por los trabajadores (ocupados) definió las condiciones de pertenencia de esos trabajadores y trabajadoras (desocupados/as) al colectivo obrero de la provincia. Compartían (o eran llamados a hacerlo) el espacio público con los ocupados a través de mitines, manifestaciones y enfrentamientos con la policía. De este modo, fueron, indefectiblemente, parte de la clase obrera, no subsidiarios de ella.

La demanda fue entonces construida y sustentada en los lazos de solidaridad que ubicaban a cada trabajador como un posible desocupado y a cada desocupado como un trabajador. Por otro lado, la interpelación al sistema capitalista, reconocía que la situación de desempleo remitía al funcionamiento del conjunto del sistema, en tanto no solo se agotaba en lo económico. La defensa del hogar obrero, principal justificador de la demanda, se conjugó con consignas políticas y acciones de protesta, en una tierra “fértil y próspera” que, sin embargo, no podía alimentar a todos. En este sentido, la unidad de clase se presentó como posibilidad de contención frente a la incertidumbre de la vida y como garantía para el cumplimiento de los derechos que les correspondían. La consigna más amplia no distinguía ya ocupados de desocupados porque construía un



futuro de bienestar a través de la lucha de las “clases proletarias” contra la opresión mediante el acercamiento a las organizaciones “como verdadero camino para el triunfo”. De esta forma, a través de las palabras buscaron un efecto de sentido, enunciaron su presente, pero éstas también se convirtieron en un poder sobre el futuro.

Bibliografía

- ACHA, Omar (2000). “Catolicismo social y feminidad en la década del 30: de damas a mujeres”, En Halperin P. y Acha O. (coords.) *Cuerpos, géneros e identidades*. Buenos Aires: Signo.
- BOLTANSKI, Luc (2000). *El amor y la justicia como competencias. Tres ensayos de sociología de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BOURDIEU, Pierre (Dir.) (2007). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: FCE.
- DANIEL, Claudia (2009). "Las estadísticas laborales del Estado argentino (1910-1930). Controversias sociales, políticas y técnicas", en *Workshop Elites intelectuales y formación del Estado*, Buenos Aires: IDES/IDAES/UdeSA.
- DEL CAMPO, Hugo (2005). *Sindicalismo y Peronismo. Los Comienzos de un Vínculo Perdurable*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- FRASER, Nancy (1994). “Reconsiderando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia existente”, *Entrepasados*, Año IV, N° 7, p.87-114
- GAUTIÉ, Jeromé (2001). “De la invención del desempleo a su deconstrucción”, en Neffa, J.C., y Gautié, J. (comp.), *Desempleo y políticas de empleo en Europa y Estados Unidos*, Buenos Aires: Lumen Humanitas.
- GIRBAL, Noemí (2003) “La Junta Nacional para Combatir la Desocupación. Tradición y modernización socioeconómica en la Argentina de los años treinta”. *Estudios del Trabajo*, N° 25, Enero-junio, p. 25-53.
- IÑIGO CARRERA, Nicolás y FERNANDEZ, Fabián (2006), "El movimiento de los desocupados en la primera mitad de la década de 1930", en *Actas de las XX Jornadas de Historia Económica*, Mar del Plata.
- Junta Nacional para Combatir la Desocupación (1936) Memoria elevada al Ministerio del Interior, Buenos Aires.
- Junta Nacional para Combatir la Desocupación (1938) Memoria elevada al Ministerio del Interior 1937, Buenos Aires.
- KOROL, Juan Carlos (2001) “La economía”, en Cattaruzza, A. (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- LOBATO, Mirta (2007). *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires: Edhasa.
- Ministerio de Hacienda, *Censo Industrial 1935 (1938)*. Buenos Aires: Talleres de la S.A. Casa Jacobo Peuser Ltda.
- PANETTIERI, José (1997) “Crisis económica, perturbaciones en el mundo del trabajo y movimientos de población (1937-1943)” en *Cuadernos del CISH*, Año 2, N° 2/3, UNLP, pp. 47-78.
- PANETTIERI, José (2000). *Argentina: Trabajadores entre dos guerras*, Buenos Aires: Eudeba.



- SAVAGE, Mike (2004). "Classe e História do Trabalho" en Batalha, Claudio, Fernando Teixeira Da Silva, Alexandre Fortes, *Culturas de classe*, Campinas:Editora Unicamp.
- SEWELL, William (1992) "Los artesanos, los obreros de las fábricas y la formación de la clase obrera francesa, 1789-1848", *Historia Social*, N° 12, invierno, pp- 119-141.
- THOMPSON, E.P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona: Crítica.
- ULLIVARRI, María. "Movimiento obrero y política en tiempos de guerra mundial. Tucumán, 1940-1943", en *Anuario IEHS*, N° 26, Tandil, en prensa